

NUNCA NADIE *se saltó las trancas*



Nunca en la historia mexicana posrevolucionaria ha habido un presidente de la república que lo haya sido sin el aval y respaldo de su antecesor. Plutarco Elías Calles lo fue por la decisión de Álvaro Obregón Salido. Y éste, que ya había sido presidente, no pudo serlo de nuevo porque Calles se lo impidió en el restaurante La Bombilla.

La llegada del general Lázaro Cárdenas del Río a la primera magistratura sólo fue posible por la voluntad, en ese sentido, del propio general Calles. Y lo mismo puede decirse de la asunción al máximo poder del general Manuel Ávila Camacho: por fuerza o de grado, la voluntad del michoacano la posibilitó.

Es cierto que algunos que fueron presidentes no eran precisamente “santos de la devoción” del mandatario en turno. Eran decisiones de compromiso. O, dicho en palabras de José López Portillo, el presidente actuaba como el fiel de la balanza a la hora de la designación del nuevo candidato presidencial. Pero reconocido esto, puede afirmarse categóricamente que nunca nadie se saltó las trancas.

Luis Donald Colosio Murrieta fue candidato presidencial por voluntad de Carlos Salinas. Y tras las sospechas de ingratitud o de traición del sonorensé, éste no llegó a Los Pinos por la misma voluntad que lo había hecho candidato.

¿Pudo ser Ernesto Zedillo candidato presidencial y luego presidente sin la decisión de Carlos Salinas? ¿O pudo ser ambas cosas contra la voluntad de éste? Mucho se ha dicho que Salinas habría preferido a Pedro Aspe Armella. Pero Aspe no podía ser candidato porque no se había separado del cargo de secretario de Hacienda con la antelación necesaria. Habría sido necesario reformar la Carta Magna. Y en las sangrientas condiciones políticas del momento, Salinas ya no se atrevió a dar semejante paso. Otra vez el fiel de la balanza imponiéndose sobre las preferencias personales. Pero este hecho no invalida, sino más bien confirma, la idea de que nadie nunca se saltó las trancas de la voluntad definitiva del presidente en turno.

¿Alguien puede sostener honradamente que el panista Vicente Fox fue presidente sin que mediara la voluntad y el concurso decisivo de Ernesto Zedillo? ¿No estaba en la conveniencia personal y política de Zedillo la llegada de un panista a Los Pinos?

Sabemos bien que Santiago Creel era el delfín de Fox. Pero sabemos igualmente que sin la voluntad y el poder de éste, Felipe Calderón no hubiera podido llegar a Los Pinos. ¿O alguien piensa que sí?

Este breve recuento histórico puede servir para entender el proceso en curso hacia la

sucesión presidencial del 2012. Se dice que el precandidato más aventajado es Enrique Peña Nieto. ¿Pero podrá ser presidente sin el acuerdo final de Felipe Calderón? ¿O por primera vez en casi un siglo habrá un primer mandatario que lo sea contra la voluntad del presidente en turno?

¿Habrá ya un pacto, todavía secreto, entre Calderón y la cúpula priísta para que un tricolor sea el nuevo ocupante de Los Pinos? ¿Y ese acuerdo con la cúspide tricolor habla ya específicamente de Enrique Peña Nieto? ¿Habrá dado ya su beneplácito Beatriz Paredes y Manlio Fabio Beltrones para que el mexiquense sea el candidato tricolor? ¿Puede Calderón, en sus precarias condiciones políticas, influir en quién ha de ser el abanderado priísta?

Lo cierto es que de esos pactos y decisiones cupulares depende quién ha de gobernar a los mexicanos entre 2012 y 2018. Y, como se ve, en tales determinaciones nada tienen qué ver los ciudadanos. Salvo aceptar resignadamente que la tan traída y llevada democracia electoral mexicana es pura fantasía. Y que, dicho con Aristóteles, mejores nombres para el sistema político mexicano son oligarquía, plutocracia, demagogia, autocracia o, simplemente, dictadura. **1**

www.miguelangelferrer-mentor.com.mx